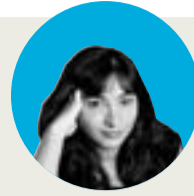


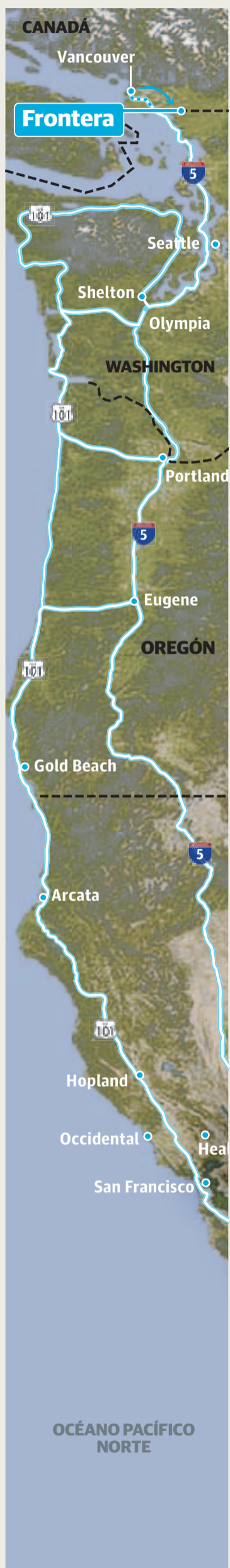
RUTA POR EL PACÍFICO VERDE CAP.3**MERCEDES GALLEGO**

De pueblos y fronteras

En la línea entre Canadá y Estados Unidos, los aduaneros de siempre se interponen entre las ciudades del Pacífico



Monumento en la frontera, al sur de Vancouver, un lugar donde «nunca se sabe» cuánto habrá que esperar



Hay pueblos que no se dejan vencer por las fronteras y ciudades

que se hermanan por encima de ellas, como Vancouver y Seattle. Pero siempre existirán esos seres arrogantes, envalentonados por el uniforme, que las graban en sus habitantes a fuerza de humillaciones.

Hay apenas tres horas entre Vancouver y Seattle y se tarda solo una en llegar a la frontera con EE UU. Es común alternar reuniones de trabajo en cualquiera de las dos y ni siquiera hace falta marcar código de país para llamadas entre Estados Unidos y Canadá. Cuando uno se monta en el autobús de Amtrak cuesta hacerse a la idea de que va a exponerse a la maquinaria de inmigración estadounidense, enloquecida desde que el 11-S detonase la guerra contra el terror de George W. Bush.

Si ya en ese momento los agentes de inmigración eran capaces de decidir los destinos ajenos sin pensarlo dos veces, hoy son seres omnipotentes que el gobierno ha puesto en primera fila de su paranoica guerra. No es que entren muchos terroristas por Canadá –ni por México–, aunque más de un congresista con ansias de reforzar la seguridad en los 6.400 kilómetros de frontera norte quiera hacer ver lo contrario. Al llegar al estado de Washington, que nada tiene que ver con la capital federal de Washington DC, uno no siente la tensión de los aeropuertos sino la desidia de los déspotas.

El aparcamiento con cintas para equipajes y una garita de seguridad está desierto. Después de diez minutos de espera sin avistar



Avenida dedicada a Cascadia en Seattle

a nadie, el conductor del autobús para el motor y se dispone a explorar. «¿Cuánto tiempo se tarda aquí normalmente?», pregunta uno de los pasajeros. «Eso nunca se sabe –responde el conductor–. A veces he pasado con el autobús lleno en diez minutos y otras he tardado dos horas con cuatro pasajeros».

Viendo el partido

El caso de hoy responderá a este último supuesto. «Están viendo el partido –informa el conductor–. No creo que se muevan hasta que acabe». Nadie rechista, pero quince minutos después se siente obligado a dar más explicaciones, o tal vez piense en voz alta. «Si vuelvo a preguntar será

peor, ya los conozco. ¿Ven por qué les decía que aquí nunca se sabe?».

Y así, pacientemente, todos esperamos en silencio que acabe el partido, mientras crece la tensión de sabernos en manos de esos señores a los que ni siquiera les importa tener un autobús fuera. «Siempre di la verdad, no se te ocurra bromear con los agentes de inmigración. No des información que no te hayan pedido, hablar demasiado puede ser contra-productivo», recomienda la página turística de Northwest Places al informar del procedimiento en la frontera. «Recuerda que este es un lugar donde tus derechos son muy limitados. Y si no eres ciudadano (estadounidense) no tienes

ninguno».

Es entonces cuando reaparece en la memoria la bolsa con comida para el camino. ¿No acabo de firmar en el cuestionario de aduana que no traigo semillas ni alimentos? «Cojan todo su equipaje y no dejen nada en los asientos, van a subir con perros a revisarlo», avisa el conductor cuando al fin se abre la puerta. Las piernas me tiemblan como si traficase con drogas, ¿y qué hago ahora con la ensalada? La bolsa de plástico para la basura que el chófer tiene colgada del salpicadero resulta ser la salvación. Los perros tampoco parecen tener olfato para la lechuga, pero todavía faltan los agentes de inmigración.

«Huum, salió hace unos días por avión y ahora vuelve por tierra, ¿por qué?». Escucha con cara de pocos amigos, pero afortunadamente todo se arregla con una multa incomprensible de seis dólares «estadounidenses», aclara con el ceño

fruncido, «y en efectivo», que hay que pagar en ventanilla, pero no está la cosa como para preguntar a qué se debe. Los últimos en salir son un matrimonio canadiense que reside en Seattle y que no deben de haber gustado mucho a los agentes, que les han retenido más que a nadie, pero como esa noche Boston ha ganado a los Canucks de Vancouver en la final de hockey los dejan pasar. Para entonces llevamos más de una hora de espera y los agentes no permiten ni usar los servicios, pero por suerte todos estamos a bordo, suspira aliviado el conductor. «Bienvenidos a Estados Unidos», dice el cartel.

▶ Próximo capítulo
mañana 24 de julio

El país imposible

Cascadia suena a Pandora o a la Tierra Media, a reinos lejanos intrigantes e imposibles, pero sin embargo empieza a hacerse un hueco en la realidad de este mundo. En enero, Time Magazine incluyó Cascadia en su lista de los diez principales aspirantes del mundo a ser naciones. Una lista que empieza con Escocia y el País Vasco y compite con Tibet, Kurdistán, Quebec y Sahara Occidental, entre otros.

La nación que incluiría las ciudades de Vancouver, Seattle, Portland, Olympia y Eugene sería, como indicaba la revista, «una de las más progresistas del mundo», aunque los nacionalistas de la cordillera cascadia tengan poco que ver con las zonas

rurales del interior de la Columbia Británica, Washington y Oregón, que son los estados incluidos en sus ficticias fronteras.

Claman independencia energética con las fuentes renovables que les proporcionan los recursos naturales de presas hidroeléctricas y granjas eólicas. Para bombear la economía de los 15 millones de habitantes que calculan, tienen multinacionales como Microsoft, Starbucks, Nike, Boeing y Amazon, nacidas en estas ciudades, y dicen situarse entre las 20 mayores economías del mundo. Vancouver, que es considerada el segundo Hollywood, pondría la nota glamurosa. «Durante demasiado tiem-

po nuestros pueblos han tenido que aguantar la indiferencia de centros de poder lejanos», clama 'Cascadia Now', cuya misión es poner su país virtual en la conciencia colectiva del mundo. «Solo Seattle tiene una economía mayor que la de Venezuela y casi como la de Tailandia –afirma–, pero el estado de Washington apenas recibe de Washington DC 88 centavos por cada dólar que paga en impuestos federales». Una queja que encaja mal con el progresismo que pregonan.

Ciertamente, los cerca de 4.000 kilómetros que separan los dos Washington dejan por medio un mar de incomprensión que toca fondo en las cabezas cuadradas de la América Profunda que tanto les desune. Seattle y Vancouver tienen mucho más en común entre sí que con cualquier otra ciudad de sus respectivos países, aunque sea

solo por el biorregionalismo que los partidarios de esta teoría reclaman desde los años 70. Esa colaboración idílica entre científicos, ecologistas y artistas para trabajar con los preciosos recursos naturales del Pacífico Norte tendría como arteria fácil un tren de alta velocidad a la europea que, incomprensiblemente, no encuentra eco en el resto del continente.

En la tierra de los osos, las ballenas, el salmón, los lobos y las águilas se habla de Thomas Jefferson como precursor de esa república independiente del Pacífico Norte y se sueña con alcanzarla «por medios pacíficos» mediante un referéndum que, como admitía la revista Time, «tiene muy pocas posibilidades de hacerse realidad». Eso sí, hasta el año pasado el Sur de Sudán formaba parte de esas diez naciones aspirantes y hoy es el país más joven del mundo.